

RELATOS DE VIAJEROS



Carl V. Hartman en Costa Rica en 1903
(durante una expedición para el Museo Carnegie que duró siete meses)
Cortesía del Carnegie Museum of Natural History: Anthropology Archives G960

UN CIENTÍFICO SUECO EN CENTROAMÉRICA:
CARL VILHELM HARTMAN
(1862–1941)

Christopher H. Lutz*

Carl Vilhelm Hartman nació en Örebro, Suecia, el 19 de agosto de 1862. Fue hijo de Johanna Engstrom y de H. Hartman, un profesor aparentemente de una universidad sueca.¹ Durante muchos años el joven Hartman se dedicó a la botánica, desempeñando un puesto como asistente en el departamento botánico de la Academia Sueca de Agricultura.²

* Christopher H. Lutz (estadounidense) obtuvo su doctorado en historia latinoamericana en la Universidad de Wisconsin en Madison en 1976. Antiguo editor de esta revista, fundador de Plumsock Mesoamerican Studies y cofundador de CIRMA, además de autor de varias obras sobre la historia colonial de Guatemala, entre las que destaca *Santiago de Guatemala, 1541–1773: City, Caste, and the Colonial Experience* (Norman: University of Oklahoma Press, 1994). Actualmente realiza investigaciones sobre la historia demográfica y las relaciones étnicas en la Guatemala colonial.

¹ Los datos biográficos fueron localizados en el *Scandinavian Biographical Archive, Section B-Sweden and Finland*, editado por Paul Guthrie (K. G. Saur: Munich & New York, 1989–1992), en la Colección de Microfichas del Salón de Lectura, Widener Library, Harvard University, Cambridge, Massachusetts. Agradezco a Elisabeth S. Nicholson por su traducción de las notas biográficas del sueco al inglés y a Poul Hansen por su revisión de las mismas. Casi todos los demás datos biográficos sobre Hartman se enfocan en su importante trabajo arqueológico en Costa Rica. Véanse, por ejemplo, Esther Skirboll, “Carl Hartman and the Beginning of Scientific Archaeology in Costa Rica”, en *Inter-Regional Ties in Costa Rican Prehistory: Papers Presented at a Symposium at Carnegie Museum of Natural History, Pittsburgh, April 27, 1983*, Esther Skirboll y Winifred Creamer, editoras, BAR International Series 226 (Oxford, England, 1984), págs. 1–12; John Howland Rowe, “Carl Hartman and His Place in the History of Archaeology”, en *Actas del XXXIII Congreso Internacional de Americanistas*, San José, Costa Rica, 20–27 Julio 1958, 3 tomos (San José, Costa Rica: Lehmann, 1959–1960), II, págs. 268–279; y Anita Ohlsson de Formoso, “Presentación”, en Carl V. Hartman, *Arqueología costarricense (textos publicados y diarios inéditos)*, Anita Ohlsson de Formoso, presentación y traducción (San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1991), págs. 11–17. Utilicé todas estas fuentes en la redacción del presente documento. Una fuente biográfica que no logré localizar es Staffan Brunius, *Carl V. Hartman: svensk arkeolog-etnografi Centralamerika* (Latinamerika-Institutet vid Stockholms Universitet, Mimeo, Stockholm, 1984), 16 págs.

² Tanto el padre como el abuelo de Hartman eran “botánicos suecos muy conocidos”. Según Rowe, “Carl Hartman and His Place”, pág. 268.

Después de su nacimiento en 1862, la primera fecha concreta que tenemos sobre sus primeras décadas de vida es 1890, cuando Hartman tendría unos 28 años de edad. En esa fecha se unió a una expedición dirigida por el naturalista noruego Karl Sophus Lumholtz a la Sierra Madre de México. Hartman sirvió como coleccionista botánico, pero el trabajo también le dio la oportunidad de observar a los pueblos nativos y visitar muchos sitios arqueológicos prehispánicos. Al parecer, esta primera expedición a México se llevó a cabo bajo los auspicios del Museo Americano de Nueva York (probablemente el American Museum of Natural History de hoy día), donde se realizaban investigaciones científicas, tanto en el campo de historia natural como en el de etnografía.

Hartman regresó a Suecia en 1894, a la edad de 32 años. En ese mismo año fue nombrado curador de botánica en los Jardines Bergianska en Estocolmo, donde trabajó hasta 1896. Durante este período también cultivó su recién descubierto interés en la arqueología, estudiando la técnica de excavación con el arqueólogo sueco Hjakmar Stolpe —quien más tarde sería curador del Departamento Etnológico del Museo Real de Suecia— en un cementerio vikingo.

En 1896, Hartman inició una expedición etnográfica y arqueológica a Costa Rica, El Salvador y Guatemala, un proyecto que no terminaría sino hasta 1899. Fue precisamente durante esos tres o cuatro años de investigación en los diversos países centroamericanos que llevó a cabo su estudio de campo etnográfico entre la llamada población “azteca”, o mejor dicho pipil, de El Salvador, cuyos resultados se publican en el artículo que sigue. Hacia finales de 1897, Hartman aparentemente pasó de Costa Rica a El Salvador, donde permaneció hasta la primavera de 1899, con un intervalo de tres meses que pasó en Guatemala.³

En 1903, después de su expedición científica a Centroamérica a finales del siglo XIX, fue nombrado curador de la sección de Etnología y Arqueología del Museo Carnegie de Historia Natural (Carnegie Museum of Natural History) con sede en Pittsburgh, Pennsylvania, EE. UU., la cual él reorganizó. De marzo a octubre del mismo año, Hartman llevó a cabo otro viaje de investigación científica a Centroamérica, esta vez concentrándose más en la arqueología de Costa Rica. Más tarde regresó a Suecia y trabajó como profesor y curador de la sección de etnología del Riksmuseum (el Museo Real de

³ Rowe, “Carl Hartman and His Place”, pág. 270. Según Rowe, Hartman se enfocó en los xinca durante su estancia en Guatemala. Sin embargo, en su estudio de la cultura material pipil, el cual abarca Guatemala y El Salvador, da varios ejemplos del pueblo pipil guatemalteco de Masagua.

Historia Natural) en Estocolmo, donde organizó y amplió aquella división. Hartman murió a los 79 años de edad en 1941.⁴

HARTMAN Y LOS TEMAS CENTROAMERICANOS

Las obras científicas de Hartman más conocidas sobre temas centroamericanos incluyen *Archaeological Researches in Costa Rica* (Stockholm: I. Haeggstroms boktryckeri, 1901), un estudio de 195 páginas, y “Archaeological Researches on the Pacific Coast of Costa Rica”, en *Memoirs of the Carnegie Museum* 3: 1 (Pittsburgh, Pennsylvania: Carnegie Institute, 1907), que es un estudio de 188 páginas. En 1984 se publicaron los trabajos presentados en un simposio enfocado en las investigaciones científicas de Hartman en Costa Rica, editado por Esther Skirboll y Winifred Creamer. Hasta 1991 se logró publicar una obra de Hartman en español en Costa Rica.⁵

En la monografía de William R. Fowler, Jr., *The Cultural Evolution of Ancient Nahua Civilizations: The Pipil-Nicarao of Central America* (Norman: University of Oklahoma Press, 1989), el autor sólo cita un artículo corto de Hartman sobre la mitología pipil publicado en 1907.⁶ El extenso artículo que sigue sólo se había publicado en sueco en la revista *Ymer*, donde, desafortunadamente, se encontraba casi escondido de la gran mayoría de lectores potenciales interesados. Mientras que académicos como David Browning y Fowler no citan el artículo de Hartman, el lingüista alemán Leonhard Schultze Jena sí lo hace en su estudio sobre mitos y leyendas pipiles.⁷

⁴ Posiblemente sea de interés para los estudiosos centroamericanistas que, después de su muerte, los herederos de Hartman donaron al museo (que en aquel entonces se llamaba Museo Real de Etnografía) sus libros, su diario de la expedición centroamericana de 1896–1899 y una colección de plantas medicinales que él había recolectado en Nahuizalco en 1897. Rowe, “Carl Hartman and His Place”, pág. 271. Hacia 1978, el mismo museo se llamaba Etnografiska Museet y, en la actualidad, Folkens Museum Etnografiska. Véase *The World of Learning, 1978–1979*, 2 tomos (London: Europa Publications Limited, 1978), II, pág. 1,173.

⁵ Para los datos bibliográficos completos de estas dos obras, véase la nota 1.

⁶ Carl V. Hartman, “Mythology of the Aztecs of Salvador”, en *Journal of American Folk-Lore* 20 (1907), págs. 143–150.

⁷ Véanse de David Browning, *El Salvador: Landscape and Society* (Oxford: Clarendon Press, 1971); y *El Salvador: la tierra y el hombre* (San Salvador: Dirección de Publicaciones, Ministerio de Educación, 1975); véase también Leonhard Schultze Jena, *Mitos y leyendas de los pipiles de Izalco* (San Salvador: Ediciones Cuscatlán, 1977), Gloria Menjivar Rieken y Armida Parada Fortin, traductoras, traducción al español de *Mythen in der Muttersprache der Pipil von Izalco in El Salvador, Indiana* II (Jena, Alemania: Editorial Gustav Fischer, 1935), estudio pionero de los mitos y leyendas de los pipiles de El Salvador. Contiene más de 50 textos en pipil y español.

Dejaremos para otros investigadores más especializados en la cultura pipil de El Salvador y la costa pacífica sureste de Guatemala el estudio más extenso y cuidadoso del presente texto de Hartman. Por ahora sólo nos dedicaremos a ciertos aspectos muy limitados del texto del científico sueco.

Para un hombre europeo de su época —los últimos años del siglo XIX— Hartman demostró un entendimiento y simpatía considerable hacia los sujetos de su observación y estudio, los pipiles, especialmente los vecinos del pueblo de Nahuizalco. Hartman fue verdaderamente comprensivo en cuanto a los apuros de los pipiles, como lo evidencia su crítica de la acción del gobierno nacional de confiscar sus tierras comunales y ejidales a principios de la década de 1880.⁸ El visitante sueco también parece haber admirado y disfrutado personalmente de la cocina pipil, al detallar considerablemente la dieta de esta población y al comentar que “el menú de los aztecas es sabroso y variado”.

Por otra parte, mirando hacia atrás con la sabiduría que da la experiencia y la lente moral de más de un siglo después, nos consterna pensar que un académico europeo se aprovecharía de su posición y apelaría a las autoridades militares locales y nacionales para realizar lo que Hartman y, aparentemente, otros de sus contemporáneos consideraron una tarea científica importante. Me refiero con esto a sus investigaciones somatológicas, las cuales requerían que sus sujetos indígenas, tanto hombres como mujeres, se desvistieran total o parcialmente (en el caso de las mujeres) y posaran para fotografías supuestamente científicas y sufrieran la indignidad de ser meticulosamente medidos.⁹

⁸ Arturo Taracena Arriola nota que estos decretos, combinados con el establecimiento de la ley del jornalero y la creación de jueces agrarios, provocaron, precisamente en la región pipil, “la reacción de las comunidades indígenas por medio de una serie de levantamientos entre 1885 y 1899”. Véase Arturo Taracena Arriola, “Liberalismo y poder político en Centroamérica (1870–1929)”, en *Las Repúblicas agroexportadoras (1870–1945)*, Víctor Hugo Acuña Ortega, editor del tomo, IV, págs. 167–253, *Historia General de Centroamérica*, 6 tomos (Madrid: Sociedad Estatal Quinto Centenario y Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 1993), Edelberto Torres-Rivas, coordinador general. La cita viene de la pág. 187. Sobre la rebelión de la noche del 14 de noviembre de 1898 en el pueblo pipil vecino de Dolores Itzalco y sus antecedentes, véase el excelente estudio de Aldo A. Lauria-Santiago, “Land, Community, and Revolt in Late-Nineteenth-Century Indian Itzalco, El Salvador”, en *Hispanic American Historical Review* 79: 3 (August 1999), págs. 495–534.

⁹ Con respecto al temor de los pipiles a la cámara y a ser fotografiados, véase el texto de Hartman para varios ejemplos que él vivió personalmente en Nahuizalco. Para el peligro científico de la antropometría —“la medición de las características somáticas del hombre”— y sus implicaciones racistas e imperialistas, véanse Stephen Jay Gould, *The Mismeasure of Man* (New York: W. W. Norton Company, 1981), especialmente los capítulos 3 y 4; y Marvin Harris, *The Rise of Anthropological Theory: A History of Theories of*

En la tradición de la época en que vivió, al llegar a El Salvador, Hartman no perdió tiempo en dirigirse a la capital, San Salvador, donde se presentó ante el Ministerio de Educación y pidió que se le “entregara una recomendación escrita para las autoridades civiles”. Además, fue al Ministerio de Guerra, donde consiguió “una similar para las militares”. Hartman obtuvo al principio poca cooperación de los oficiales pipiles de Nahuizalco, cuando buscó su apoyo para persuadir a los indígenas locales de que se desvistieran y posaran desnudos frente a su cámara y así poder fotografiarlos y tomarles una serie de medidas.¹⁰ Hartman consiguió su meta después de transcurrido casi un año, marcado —según su propia evaluación— por un levantamiento revolucionario, cuando cabalgó a Sonsonate y presentó su carta de recomendación del Ministerio de Guerra al comandante local que, para la buena suerte de Hartman, “se encontraba bajo las órdenes” del ministro que le había escrito la carta.¹¹ En el curso de los próximos tres meses, Hartman logró fotografiar y medir a unos setenta hombres, quienes, por estar bajo ley militar, tenían la obligación de obedecer a sus exigencias, desnudándose. Poco tiempo después, Hartman recibió ayuda para completar su muestra y encontró diez hombres más (para un total de 80), además de 20 mujeres de otros lugares, llegando a un total de 100 “examinados de la manera descrita”. Hartman no revela cómo se las arregló para encontrar a las 20 mujeres. Con evidente orgullo el autor escribe que “[e]stas investigaciones [somatológicas] son las primeras que se han realizado en Centroamérica”. Aunque al principio de su narrativa Hartman expresa consternación al ver (desde el tren) a los “reclutas” militares pipiles dirigirse a pie a la capital atados entre sí como si fuesen esclavos africanos, aparentemente estaba tan enfrascado en su propia investigación que no se le ocurrió que él mismo pudo haber maltratado a los individuos que fotografiaba y medía.¹²

Culture (New York: Thomas Y. Crowell, 1968), pág. 99. Para la definición corta de antropometría, véase *Diccionario de Antropología* (Barcelona: Ediciones Bellaterra, 1980), pág. 20.

¹⁰ Véase el texto de Hartman en las págs. 152 y 153 sobre la oposición general de los oficiales pipiles de Nahuizalco.

¹¹ Para mención del golpe de estado del general Tomás Regalado en El Salvador en 1898, véanse Taracena Arriola, “Liberalismo y poder político en Centroamérica,” pág. 216; y Jeffrey M. Paige, *Coffee and Power: Revolution and the Rise of Democracy in Central America* (Cambridge: Harvard University Press, 1998), pág. 14.

¹² Según una carta que escribió al Dr. W. J. Holland del Museo Carnegie en 1903, Hartman menciona que su material antropométrico se había quedado sin publicar. Skirboll, “Carl Hartman and the Beginning”, pág. 8.

En el texto original aparecen solamente fotografías de dos sujetos humanos, un hombre y una mujer, sin ropa y erguidos de lado mientras la cámara reproducía su existencia desnuda para que nosotros la observáramos un siglo después. Además de estos penosos retratos hay docenas de imágenes benévolas de objetos materiales que Hartman buscó y encontró entre los objetos de uso diario de los habitantes pipiles de Nahuizalco y otros pueblos vecinos.¹³ Sin duda, uno de los aspectos más importantes y notables del informe de Hartman sobre los pipiles es su descripción de la cultura material de este pueblo en aspectos tales como cocina, construcción de casas, fabricación de objetos de madera, junco, tule y otros materiales de uso cotidiano, incluyendo, además, el estilo de vestir.

Tal vez debido a su preparación profesional, primero como botánico y posteriormente como arqueólogo y etnólogo, Hartman es muy sistemático en su trabajo. Las descripciones de los diversos objetos de la cultura material que encontró en las casas del pueblo de Nahuizalco son bastante amplias y están complementadas por ilustraciones de las mismas y descripciones sobre el uso de los objetos.

Al escribir sobre la manufactura artesanal de esteras o petates —usados principalmente como colchones rústicos para dormir— en Nahuizalco y Masagua (pueblo pipil en la costa sur guatemalteca), entra en detalle en cuanto a la materia prima usada, los métodos para teñir el tule e incluso las redes de distribución del producto final a los pueblos salvadoreños y aun a una parte significativa de los de Guatemala. La Figura 14, por ejemplo, es una fotografía del autor que muestra comerciantes k'iche's de Totonicapán en Nahuizalco, quienes posiblemente llegaron con la intención de comprar petates para llevar a los mercados indígenas de su región natal.

Hartman describe varias industrias artesanales además de la del petate, incluyendo cestos de tule, textiles de algodón (limitados casi exclusivamente a cinturones tejidos en Izalco), la fabricación de artículos de caña (como “un tipo de estera dura o pantalla” y cestos) y la preparación e hilado de la fibra de agave (de la cual se fabricaban cuerdas y hamacas, entre otros). Parece que el etnólogo sueco compraba ejemplares de los productos fabricados y posible-

¹³ Los comentarios de Esther Skirboll sobre los aspectos negativos y positivos de Hartman como arqueólogo parecen relevantes a sus actividades etnológicas entre los pipiles: “Hartman no estaba completamente libre de la predilección del siglo XIX por coleccionar artículos bellos y exóticos y él le aseguró varias colecciones grandes de material de escasa o ninguna procedencia para [el] Museo Carnegie”... mientras que a la vez “su respeto por los pueblos aborígenes y sus intensos esfuerzos por preservar lo que pudiera de su cultura material para el estudio científico lo colocan entre los arqueólogos más admirables de su época”. Skirboll, “Carl Hartman and the Beginning”, pág. 10.

mente los instrumentos utilizados en su manufactura, además de ejemplares de otros objetos de uso cotidiano encontrados en las casas pipiles. Es probable que estos objetos se encuentren entre las colecciones del Museo Carnegie o del Museo de Etnografía de Estocolmo (Folkens Museum Etnografiska). Es posible que allá también se encuentren fotografías tomadas por el mismo autor durante su temporada en El Salvador.

Después de la discusión detallada de la cultura material de los pipiles de Nahuizalco (y secundariamente de Masagua), Hartman hace algunas observaciones históricas —posiblemente basadas en los escritos de García de Palacios— de mucha importancia, según su propia experiencia de trabajo de campo, sobre las creencias religiosas y sobrenaturales. Aquí, y en otras secciones de su narrativa, Hartman hace comparaciones con otras culturas indígenas de las Américas, de los Andes y del norte de México (donde había pasado algún tiempo), hasta con grupos de los Estados Unidos y los esquimales de Groenlandia.

Otra descripción fascinante es la que Hartman hace de un baile indígena que en su tiempo no era “nada más que como una bufonada divertida” (pág. 186 del texto), que acompañaba a una procesión religiosa en la tarde del día de Noche Buena en el pueblo de Izalco. Hartman indica que tomó fotografías de la procesión de la “danza dramática”. Parece que en la Figura 30, específicamente, se pueden observar ejemplos de máscaras usadas en el baile de Izalco y de otros pueblos pipiles. Además, Hartman incluye una descripción breve pero excelente de la celebración del Día de los Muertos en Nahuizalco y otra de los entierros y las lamentaciones de las mujeres cuando se les muere un niño o el marido.

Hacia las últimas páginas de su narrativa, Hartman entra en una discusión general de la existencia de importantes sitios arqueológicos no excavados en El Salvador y en el resto del sur de Mesoamérica y menciona diversos personajes, incluyendo el arqueólogo inglés Alfred Percival Maudslay en Copán, Honduras. El mismo Hartman, que había tenido varios años de experiencia arqueológica en Costa Rica, indica que tenía la intención, en el futuro, de escribir un informe sobre sus observaciones “acerca de los monumentos prehistóricos, así como de los objetos de piedra, barro o metal que he recolectado aquí [en El Salvador]”. Parece que nunca logró esa meta.

Hartman termina su artículo con una lamentación de que el “canal de Nicaragua, que pronto convertirá a los norteamericanos en los amos de los países centroamericanos, va a acelerar” el “rápido y completo aniquilamiento” de las culturas indígenas que fueron amenazadas aun antes. Como sabemos, poco después el canal fue construido en Panamá y no en Nicaragua, pero el pronóstico del científico sueco fue bastante preciso. Aunque, en el caso de El Salvador, el golpe más destructivo que recibió la cultura pipil fue el “aniquilamiento” perpetrado por el ejército, la policía y las fuerzas volunta-

rias (Guardia Cívica) del dictador general Maximiliano Hernández Martínez en la sangrienta matanza de 1932.¹⁴ Esperamos que lo detallado de esta descripción de Hartman sea útil para la reconstrucción histórico-cultural del pueblo pipil y su reconocimiento como un elemento importante y presente en la cultura nacional salvadoreña, tanto del pasado como de la actualidad.

¹⁴ Véanse de Thomas P. Anderson, “Matanza”, en *Encyclopedia of Latin American History and Culture*, Barbara A. Tenenbaum, editora, 5 tomos (New York: Charles Scribner’s Sons, 1996), III, págs. 544–545; y *Matanza: El Salvador’s Communist Revolt of 1932* (Lincoln: University of Nebraska Press, 1971). Véase también el importante estudio reciente de Patricia Alvarenga, *Cultura y ética de la violencia: El Salvador, 1880–1932* (San José: Editorial Universitaria Centroamericana/EDUCA, 1996), especialmente el capítulo 8.